

La tutoría: una mirada desde el tutor

La tutoría representa un reto para el profesor que sólo está acostumbrado a la cátedra, ejercida además, desde un concepto tradicional del proceso enseñanza-aprendizaje. La Mtra. en Orientación Educativa Blanca de la Luz Fernández, profesora investigadora y Coordinadora de Tutorías de nuestra Escuela, plantea algunos aspectos que ocasionan las dificultades más relevantes entre los docentes para el ejercicio adecuado de la tutoría.

Blanca de la Luz Fernández Heredia

En las Instituciones de Educación Superior en el país, los programas de formación de profesores no han podido consolidarse en la forma que debieran, ya que la mayoría de los maestros universitarios presentan, de una manera o de otra, resistencias para incorporarse a programas que favorezcan su práctica docente.

Un número importante de maestros universitarios llegan a incorporarse a la práctica de la enseñanza de su área disciplinar más por un mero azar, que por una verdadera vocación a la enseñanza. Esta situación se ve reflejada en el hecho de que un porcentaje elevado de profesores consideren el acto educativo como una mera transmisión de conocimientos; por lo tanto, imaginar que su práctica educativa cotidiana contemple aspectos socioemocionales de los estudiantes, lo piensan inadmisibles.

Desde esta perspectiva, el programa institucional de tutorías ha venido a significar un enfrentamiento y confrontación del maestro con esta realidad, por lo que no es de extrañar que esta propuesta esté generando una gran controversia, probablemente por la resistencia que algunos profesores tienen para analizar su práctica docente que hasta el momento era incuestionable.

El papel del tutor significa para el maestro formarse en aquellas habilidades sociales para las cuales no estaba acostumbrado en su práctica educativa; por lo que al cursar el diplomado en tutorías empieza a tener una aproximación distinta a su labor como docente.

El trabajo que aquí se presenta parte del supuesto de que la acción tutorial supone la presencia de tres elementos fundamentales: el profesor-tutor, el alumno-tutorando y el método a emplear. Sin embargo, es interesante observar cómo en la mayoría de los trabajos que se han elaborado al respecto se ha priorizado fuertemente la presencia del alumno, así como del método que se ha de seguir, dejando un poco de lado la importancia que tiene la formación continua que debe de poseer el profesor, las ansiedades que le representa el fungir como tutor -por todo lo que anteriormente se ha señalado- y la necesidad de apoyo que éste demanda para la realización de esta función.

En la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH), como en muchas otras, se ha establecido el Diplomado en Formación de Tutores como un requisito indispensable a cursar para poder fungir como tutor o tutora en cualquiera de las Escuelas y Facultades que la conforman, extendiéndose un diploma que acredita que aquel profesor o profesora que lo haya cursado está "preparado" para atender todas aquellas demandas que surjan del estudiante en cuanto a su formación integral, dejando además establecido que la tutoría es diferente a la asesoría académica, por lo que entonces se supone la atención a la subjetividad del alumno en la acción tutorial.

Por lo tanto, el abordaje de los aspectos socioafectivos del alumno, que involucra el ejercicio de la tutoría, admitiría entonces, por parte de los profesores, concebir el rol del estudiante desde una dimensión distinta, en donde éste aparece como un sujeto que aprende desde su propia historia de vida, desde un contexto específico que le ha marcado pautas muy particulares para construir sus saberes, y en



donde el profesor tendría que empezar a aceptar también que no existe una única forma de aprender, sino tantas como el número de estudiantes que conforman su grupo escolar posee; pero que tampoco existe una sola manera de enseñar, por lo que entonces ésta tendría que abrirse a un amplio abanico de posibilidades para favorecer el estilo muy particular de aprender en cada uno de sus alumnos; y es entonces que la tutoría y la didáctica empleada por parte de los profesores parecieran estar implicadas de manera muy estrecha.

Considerando también que, a diferencia de otras profesiones en donde los conocimientos o habilidades técnicas resultan el recurso básico y fundamental para la realización del trabajo, en la educación no ocurre así, ya que en este ámbito la personalidad del educador es uno de los elementos básicos para la ejecución de la tarea educativa (Moreno, 1979, p.13). Además, todo modelo educativo en el que se ubique el profesor posee implícitamente una imagen acerca del ser humano, con base en la cual se plantean determinados objetivos a conseguir, establece ciertos valores y utiliza métodos y procedimientos específicos para lograr dichos objetivos.

En este sentido, la mayoría de nuestras universidades en el país, de un modo o de otro, presentan las siguientes características en cuanto a los roles que el maestro y el alumno deben desempeñar:

El proceso de enseñanza se realiza casi siempre a través de conferencias y exposiciones. El maestro es la autoridad y el experto dentro del salón de clase, por lo tanto a él le corresponde, entre otras cosas, señalar lecturas, trabajos a realizar, indicar el método más adecuado para trabajar, evaluar el aprendizaje de los estudiantes y otorgar calificaciones por dicho aprendizaje; señalar lo que es correcto y lo que es incorrecto, establecer los criterios de validez y de verdad para las opiniones, respuestas e ideas de los estudiantes, fijar las normas de conducta, hacer que haya orden y disciplina en el salón, vigilar que los estudiantes no se distraigan ni platiquen, e implementar el reglamento escolar.

Al estudiante por su parte, le corresponde aprender, es decir, ser capaz de repetir en el momento adecuado las respuestas consideradas válidas y correctas por el maestro. La mayoría de las ocasiones este aprendizaje no pasa de ser una mera acumulación de información que se repite a la hora de los exámenes para tratar de conseguir una buena calificación. Además, el estudiante tiene que escuchar en silencio y con atención las exposiciones del maestro, tomar apuntes, ser obediente y sumiso y no contradecir ni discutir con el maestro. Por todo esto, él recibirá una “buena” calificación, una medalla o un diploma que son símbolo de reconocimiento y garantía de su aprendizaje, de su aprovechamiento y de su buen comportamiento como estudiante.

Las relaciones maestro-alumno están basadas en roles y funciones impersonales más que en un encuentro interpersonal; como dice Paulo Freire (1972, p.75) “*Son relaciones de naturaleza fundamentalmente narrativa, discursiva, disertante*” en las que el estudiante es considerado como un recipiente para ser llenado con la información y conocimientos que en él deposite el maestro.

Paralelamente a lo anterior, la mayoría de las escuelas consideran todavía en la actualidad, que los exámenes son una base sólida para tomar algunas decisiones, y confían en su eficacia como instrumento para seleccionar a los estudiantes, para medir y evaluar su aprendizaje y para predecir el rendimiento que puedan tener en el futuro.

Desde la perspectiva que se ha mostrado, ¿cómo no explicar con justa razón que los profesores que ahora fungirán como tutores o tutoras empiecen a sentir angustia ante el planteamiento de un modelo educativo con el que no están familiarizados?, ¿cómo



lograr el proceso de acompañamiento con alguien a quien se considera no está en el mismo nivel de competencia? La palabra “acompañar” que significa la acción de “*estar o ir en compañía de otro*”, de “*adjuntar o agregar una cosa a otra*” (Diccionario Larousse, 2002: 3), implica el hecho de no “cobijar” al otro en una acción paternal o maternal, sino concebirlo como alguien que ya posee un bagaje de conocimientos e información, y que tan sólo espera ser “tomado del brazo” para caminar en forma conjunta.

En mayoría de las ocasiones el aprendizaje no pasa de ser una mera acumulación de información que se repite a la hora de los exámenes para tratar de conseguir una buena calificación.

Otra de las preguntas que en este momento nos ocupa es, ¿cómo realizar esta acción tutorial, que supone un trabajo conjunto, cuando los docentes no hemos desarrollado las habilidades necesarias para permitir que el otro sea en sí y para sí? Es conveniente señalar además, que el sistema educativo ha priorizado fuertemente al estudiante, por considerar que la atención debe de centrarse principalmente en éste, pues es quien está desarrollando intereses y habilidades, estructurando metas y planes futuros, y resolviendo problemas personales y sociales que lo llevarán del ámbito escolar al social-laboral, pero ... ¿y el maestro?, ¿quién lo acompañará en la realización de su tarea como tutor?

Partiendo de estos supuestos, la reflexión que en este momento surge es si el profesor que no está formado en la atención a aspectos subjetivos de la personalidad de sus estudiantes está preparado para brindar apoyo a esta demanda y, de no ser así, ¿es suficiente con haber cursado el diplomado en formación de tutores para poder atender las demandas de la parte subjetiva del alumno?, ¿se requerirá de un programa de formación de profesores que le ofrezca un apoyo constante para aportarle las herramientas que le permitan atender su función como tutor?



«Diplomado en Tutorías»

N.O.V.A.

Son muchas las preguntas, y pocas las respuestas si no existen en nuestras universidades las instancias adecuadas para proporcionar un apoyo al profesor-tutor, que le permitan ventilar y manejar todas aquellas ansiedades que le provoca el encuentro con el otro, en donde conocer la subjetividad de los alumnos es también mostrar la suya propia.

Con base en los planteamientos anteriores, se concluye que, ante los cambios que propone el programa institucional de tutorías en relación al ejercicio de una docencia diferente, el profesor-tutor deberá de contar con una instancia que le brinde las posibilidades de aflorar sus ansiedades, temores; pero al mismo tiempo su decisión por enfrentar el reto de concebir al estudiante como un ser activo, reflexivo, crítico, y desde su acción tutorial contribuir a su formación integral.

La instancia que podría acompañarlo en su labor como tutor, deberá ser un equipo interdisciplinario, de corte psicopedagógico, que le brinde el apoyo necesario para que el profesor-tutor encuentre un remanso de paz ante el desafío de ser un profesor distinto, pues como señala Anatole France: “*Los cambios, aún los más deseados, no dejan de llegar sin su melancolía. Hay que morir a una vida, para nacer a otra distinta*”.

BIBLIOGRAFÍA

- ANUIES. (2000). *Programas Institucionales de Tutorías*. México: Biblioteca de la Educación Superior.
 Freire, P. (1972). *Pedagogía del Oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI.
 García-Pelayo, R. (2002). *Larousse, Diccionario*. México: Larousse.
 Moreno, S. (1979). “Programa de Formación de Profesores de la Universidad Iberoamericana”, *Boletín DIDAC, UIA*. 4.

